

EL PATO DONALD

“Se va el caimán, se va el caimán...”. No, aquí el saurio no se va a las Antillas sino hacia la Florida. “¡Volveré!”, dice como aquel célebre general estadounidense. Y puede ser, pues las fauces del reptil todavía son poderosas. Tan potentes que su dentadura puede tragarse un sistema democrático con una antigüedad de dos siglos. Basta juntar la paja, arrojar una cerilla y las hordas salvajes asaltan la médula de las libertades. Salido de un manicomio, niño mimado que rompe el juguete cuando se lo quitan, la primera potencia mundial ha sido gobernada por un Bonaparte de opereta, un Napoleón sin Austerlitz, un grotesco pato Donald. Ciertamente la democracia no garantiza por sí misma la selección de los mejores. Ahora bien, tampoco tiene la consecuencia necesaria de escoger a un paranoide, un megalómano narcisista. Claro está que imitando al poema del Mío Cid también podríamos: “¡Dios mío, qué buenos votantes si hubiese buen señor!”. Por desgracia muchos vasallos aspiran a ser ovejas fanáticas y el señor el pastor iluminado del rebaño. Solamente el populismo nacionalista, el egoísmo de la tribu, explica la entronización de un energúmeno. La patria no es un ídolo, un becerro de oro, el altar donde se sacrifican las libertades civiles. Y entre ellas el derecho a una información veraz, el respeto a la prensa libre, la aceptación de las reglas de juego incluso cuando se pierde. “Dios Bendiga a América” y, sobre todo, la salve de patanes soberbios, de dioses menores cubiertos de dólares.

Pablo Galindo Arlés

24 de enero de 2021